

El vecino de abajo

José María Carrascal (LA RAZON, 19/01/05)

Las visitas a los países vecinos nunca son visitas protocolarias. Con los países vecinos, hay simpatías y rechazos, coincidencias y problemas. Tenemos que aguantarnos y ayudarnos, colaborar y defender nuestros intereses. Exactamente igual que con los vecinos de la casa en que vivimos. Si todas las visitas del Rey de España a Marruecos, como todas las del monarca alauita a España, encajan en este marco, ésta tiene circunstancias y urgencias especiales. Las circunstancias las traen los cambios ocurridos en la política de ambos países. Las urgencias, dos problemas que requieren inmediata atención: el terrorismo y la inmigración. El mismo terrorismo ha golpeado a Marruecos y a España, como se vio en los atentados de Casablanca y Madrid, y debe ser afrontado conjuntamente. Es la única forma ante este tipo de amenaza. Aplicación estricta de la ley, firmeza ante los terroristas y cooperación a todos los niveles, especialmente el policial. Sólo así pueden desarticularse las células que van creándose y metastizándose por diversos países. El terrorismo se ha internacionalizado. La lucha contra él tiene que internacionalizarse también. Como arrojan las investigaciones y detenciones, España y Alemania se habían convertido en el campo de despliegue de los terroristas islámicos. Marruecos, en uno de sus principales graneros.

En cuanto a la emigración, conviene empezar diciendo que la legal, la concertada, es mutuamente beneficiosa tanto para el país que la recibe, que obtiene así la mano de obra que necesita, como para el que la exporta, al que sirve de válvula de escape para sus problemas sociales y de paro. Pero la emigración ilegal, la descontrolada, es un drama. Un drama que muchas más veces de las que sabemos, y sabemos ya bastantes, acaba en muerte. Algo que para todos, empezando por los gobiernos envueltos, es un deber moral impedir. No es fácil, como sabemos. Tampoco aquí sirve la acción unilateral. Que el país receptor regularice de tanto en tanto a los ilegales –como viene ocurriendo en España– sólo aumenta el «efecto llamada», y que el país emisor se contente con una vigilancia rutinaria – como ocurre en Marruecos– sólo anima a los nuevos negreros a continuar con su tráfico de mercancía humana. Sólo una acción conjunta, decidida, honesta de ambos gobiernos puede cortar esta sangría de cuerpos en el fondo de las aguas, en la medida de lo posible, pues siempre habrá quien esté dispuesto a jugarse la vida para encontrar una mejor para él y su familia. Pero todos los esfuerzos que se hagan para regular esa riada humana serán pocos y vendrán en provecho de todos, empezando por los propios emigrantes. La fórmula ideal sería, naturalmente, que norteafricanos y subsaharianos no tuvieran que emigrar, que encontrasen en sus respectivos países la solución de sus problemas. Pero para eso hay que crear allí esas condiciones, dotar a esos países de una estructura económica y política que garantice tanto un nivel de vida como una libertad personal. En el África subsahariana está todavía muy lejos. Marruecos, en más de un sentido, se encuentra como España en 1975.

Más atrasado económicamente, pero con el problema de cambiar sus estructuras, de hacerlas más adaptadas al mundo moderno. Mohamed VI está intentándolo con firmeza y paciencia, con decisión y habilidad. Sabe que no puede ir demasiado deprisa ni que puede pararse, manejando el freno y el acelerador como el que conduce sobre hielo. Los peligros le vienen tanto de los sectores más conservadores como de los extremistas. Don Juan Carlos puede darle unas cuantas lecciones al respecto. Hasta ahora ha conseguido llevar la nave del Estado sin encallar, pero todo el mundo sabe que a Marruecos le falta todavía mucho para ser un país moderno y democrático. Que a nosotros nos interesa que lo sea cuanto antes no hay duda, por los beneficios que aportaría a los dos problemas citados, el terrorismo y la emigración. A lo que puede añadirse que, en caso de apuros, los gobiernos suelen echar mano del nacionalismo para calmar el descontento popular. Y el nacionalismo marroquí ya se sabe contra quién va, contra España, con las reivindicaciones de siempre. Con lo que llegamos a uno de los puntos neurálgicos de esas relaciones. España ha dado un giro por lo menos de 90 grados a su política exterior con el gobierno Zapatero. Se ha alejado de EE UU y se ha acercado a Francia y Alemania. Nada que objetar excepto que EE UU era el factor moderador en la política nacionalista de Marruecos, como se vio en la crisis de la isla Perejil. ¿Quién va a ejercer esa función en adelante? Porque nadie puede imaginar que vaya a hacerlo Francia. El gobierno Zapatero creyó cubrirse las espaldas cambiando la política hacia el Sahara. «Vendamos a los saharauis a Marruecos, y éste no nos dará la lata», vino a decirse. Pero esto es jugar con fuego, aparte de una inmoralidad, cosas que por lo general suelen acabar mal. Una vez que Marruecos se haya digerido el Sahara, ¿qué le impide continuar sus reivindicaciones sobre Ceuta, Melilla, los islotes y las aguas territoriales? Aparte de que Argelia no lo aceptaría y puede crearnos problemas en una serie de terrenos como los suministros de gas. No, la cosa no es tan fácil, y ha hecho bien Don Juan Carlos en entrevistarse con Zapatero y Rajoy antes del viaje. La política hacia Marruecos no es mero protocolo. Como toda relación entre los vecinos no puede reducirse a los cabeza de familia. Entran las amas de casa, los niños e incluso los animales domésticos.